

á los jesuitas, que predicaran sobre las diferencias entre el pecado venial y el pecado mortal; porque para departir y predicar sobre tan grave asunto, necesitábanse, por lo menos, cuatro años de teología dogmática oficialmente ganados. Al verse así cohibido por la malla estrecha de nuestras varias autoridades políticas, eclesiásticas y universitarias, recogió Ignacio los libros y tratados que la caridad y la limosna quisieron darle, y cargando con ellos un burro, se partió á la ventura, pero léjos, muy léjos de su esclava patria.

LIBRO UNDECIMO

CAPITULO PRIMERO

SAN IGNACIO EN PARIS

Indudablemente la causa del destierro y emigracion de Ignacio, se halla en las persecuciones y ensañamientos de las autoridades religiosas y civiles, tan duras y arbitrarias de suyo en aquellos férreos tiempos. Aunque, por su doctrina, el penitente menospreciaba la libertad; en su vida y experiencia propias veía y tocaba la virtud y eficacia de este bien supremo. Y el acto de su partida, un acto resulta de su libertad individual: que nunca pueden doctrinas arbitrarias y engañosas extinguir del todo nuestra indomable naturaleza. Su biógrafo clásico, á quien principalmente seguimos como verdadero manantial que es de su vida histórica, el padre Rivadeneira, nos revela todos los móviles de su determinacion al dejarse la patria y partirse para el extranjero. No habia en aquel viaje otra cosa que la protesta viva contra las violentas autoridades universitarias y religiosas de España entonces. «Leida la sentencia, exclama el piadoso biógrafo, dijo el Padre que él la obedecería por el tiempo que estuviese en su jurisdiccion ó distrito. Porque no era justo, que no hallándose culpa en su vida, ni error en su doctrina, le quisiesen cruzar el camino para librar á las almas, quitándole la facultad de hablar libremente de las cosas de Dios, y que, pues él era libre y señor para ir donde quisiese, él miraría lo que cumpliera.» No podemos sino detenernos aquí para considerar en este paso de la vida del santo la virtud de la humana libertad. Las utopias autoritarias, lo mismo que las utopias comunistas, forjan á su antojo una humanidad arbitraria, y sobre tan falsa y engañosa con-

cepcion levantan sociedades contradictorias con el movimiento universal, que todo en el mundo tiene, y con las leyes lógicas y naturales á que todo en el mundo está sujeto. De aquí resulta un desconocimiento completo del hombre; y de tal desconocimiento completo del hombre resulta la debilidad y flaqueza de todos esos artificiosos institutos. Por algun tiempo la inmovilidad é inercia de su doctrina, la fuerza de su organizacion, el prestigio de la autoridad que manda, la supresion de todo impulso individual por medio de una disciplina rigurosa, consiguen, sobre todo en días y horas de combate, un transitorio pero efectivo poder. Mas luego el movimiento del mundo social continúa en el tiempo, á la manera que continúa el movimiento sidéreo en el espacio; al impulso de todo este movimiento el calor crece, al fuego de este calor los organismos brotan, crecen, duran, progresan, y entre todas estas manifestaciones de la vida, quien permanece inmóvil, sér colectivo ó sér individual, siente bien pronto, si no el frio de la muerte, una inferioridad respecto á todos cuantos se han metamorfoseado é ido hácia una vida superior, que permanecen maltrechos y malheridos por su propia inercia, relegándose á tristes y bajas escalas, donde no llega la vivificadora y verdadera luz. Mirad esos pueblos asiáticos, un día tan ilustres y poderosos, cómo gimen bajo extranjero yugo, faltos de dignidad y de derecho en su precaria vida, que si conservan la independendia, vuelven, por los achaques de una imbécil vejez, á su primitiva infancia. Mirad esos pueblos árabes, que tuvieron el brillante Califato de Damasco y dejaron la mezquita de Córdoba en los llanos, y la Alhambra de Granada en los montes de la oriental Andalucía; químicos, astrónomos, sabios, poetas, guerreros, capaces de la civilizacion mas alta y mas brillante conocida en la Edad media, perdidos hoy en los desiertos, no tan áridos como sus almas, y envueltos en los pliegues de sus largos alquiceles como los cadáveres en sus mortajas y sudarios. Aquellas mismas órdenes monásticas, los benedictinos, que secaron la tierra inundada por la irrupcion germánica y dieron el abecedario de las primeras letras á la incipiente civilizacion católica; los templarios, que forjaron la soberbia caballería religiosa y trajeron un rayo de los reflejos del Asia y un esmalte de las ideas asiáticas al oscurecido y triste Occidente; los franciscanos, que produjeron la mas hermosa literatura y el arte plástico mas inspirado de toda la Edad me-

dia; los dominicos, que llevaban en sí el pensamiento y el verbo de la tradicion religiosa; miradlos con atencion y vereis cómo, imposibilitados de transformarse por la sujecion del pensamiento á una doctrina heredada y por la sujecion del albedrío á una regla inmóvil, se quedan solitarios y apartados de la comunidad con los espíritus de este nuestro tiempo, como esos grandes monumentos en ruinas de los cuales han salido los espléndidos dioses y en los cuales han entrado las salvajes alimañas y las nocturnas aves.

El caso es que la derogacion de las leyes naturales jamás llega completa y absolutamente á cumplirse. Las excepciones sobrevienen y se truecan en reglas generales. Surge la voluntad esclavizada y clama la conciencia enmudecida. Movimientos indeliberados se sobreponen al artificio de las leyes arbitrarias y reivindican los derechos de la verdad. Nadie habia llegado en punto á suprimir facultades humanas donde llegara Ignacio. Las cosas todas del mundo le eran indiferentes, la vida humana se convertia para él en continuado y horrible holocausto; elevaba el impulso ciego de la obediencia material y servil, á las alturas de una ley divina; hogar, familia, profesion, amistades, patria, sentimiento, voluntad, razon, todo lo mas sagrado para el hombre y todo lo mas querido de su corazon, quedaba en manos de un poder superior, cuyas órdenes absolutas, como la fatalidad, no podian ni siquiera discutirse por el servil instrumento destinado á cumplirlas; y cuando parecia que la obra de reducir un sér humano vivo á cadáver inerte y yerto estaba completa, surgia la voluntad individual y reivindicaba sus inalienables derechos. Y al verse Ignacio celado por la inquisicion de Toledo, seguido por los espías de Alcalá, conminado por las autoridades universitarias, puesto en la cárcel como los mas tristes criminales, encadenado en Salamanca sin otro delito que haber creido las ideas sugeridas por su mente, constreñido á callarse cuando se habia obligado por voto á la predicacion, sacudió hasta el polvo de su patria y fuese á otras regiones en busca de lo mismo que habia condenado y maldecido, en busca de su preciosa libertad. No lo decimos nosotros, lo dice por boca de su discípulo predilecto él mismo, cuando exclama la frase indeliberada y espontánea que repetimos aquí: «Pues él era libre y señor de sí para irse donde quisiese, él miraria lo que le cumplia.»

Huyendo, pues, los estorbos puestos á su predicacion por la Iglesia, por la Universidad y por el Estado, resolvió dirigirse á la ciudad de Paris. Solo, como en su primera peregrinacion, llevaba ya consigo algun auxilio moral y material, demostracion evidente de que no le bastaba con sus propias fuerzas y con el auxilio de la divina inspiracion, sino que habia menester, como el último y mas simple de los mortales ¡ay! el socorro de la hermana ciencia. Su idealismo exagerado habia ido bajando conforme habia el infeliz ido viviendo. Una larga y dolorosa experiencia le decia que no bastaba desceñirse de sus nobles vestiduras y ceñirse los sayales ascéticos; ni arrojar las armas del mundo material para velar en cualquier iglesia las armas del mundo espiritual; ni declararse caballero de María y soldado de Cristo para poder cumplir las mayores empresas y realizar por obra y gracia de un milagro el supremo bien sobre la tierra. Dios ha hecho al hombre libre y ha dejado que su libertad se ejercitara; Dios ha dado á la sociedad sus leyes y ha querido que estas leyes se cumplan sin necesidad de una intervencion milagrosa y diaria. Quien se inspira solo en el abstracto idealismo de una doctrina forjada en los secretos de su mente, y cree que la humanidad obedecerá como blanda cera esa doctrina, encuentra rectores y catedráticos recelosos, obispos soberbios, comunidades egoistas, que le llaman á razon y le muestran la verdad. La paliza del cristiano de cintura en Jerusalem, la causa y proceso de Alcalá, el taimado secuestro de los frailes de San Estéban en Salamanca, la cadena de su calabozo infecto, la prohibicion de ir predicando á su sabor de aquí para allá en vida errante y nómada, pueden sumarse con las desventuras sucedidas al pobre D. Quijote por haberse salido sin mas recurso que su fuerte brazo ni mas apoyo que su flaco Rocinante, por esos mundos de Dios en busca de increíbles aventuras. Así es que la toma del asnillo cargado de libros por Ignacio en su partida de Salamanca, prueba cómo comenzaba ya el cuitado á descender al seno prosaico de la viviente realidad. El pobre y triste animal, tenido por el comun sentir como símbolo de la ignorancia y de la torpeza, en este crítico momento simbolizaba el principio de una vida mas real y de un sentido mas observador en el extraño San Ignacio.

Hablemos de sus estudios. Como la primera vez, partióse por Barcelona.

Llegado á esta ciudad, las personas que antes le conocieran y estimaran, desaconsejaronle á una en el proyecto de su viaje á Francia, poniéndole ante los ojos las tristezas de una emigracion y los peligros del camino, infestado por las plagas y calamidades varias de una guerra tan sangrienta como la que sostenia entonces el reino francés con el imperio español. Y en efecto, multitud de compatriotas nuestros acababan de sufrir los rigores propios de tan difíciles circunstancias, y deponian con sus amarguras y con sus heridas contra el proyectado destierro. Ignacio á nadie oyó. Su conciencia le arrastraba con imperio hácia Paris, y á Paris fué. Contra todos los consejos, y sin participar de ninguno de los temores, llegó sano y salvo, á principios de febrero, en el año 1528.

Una verdadera transformacion se obra en el penitente así que á la gran ciudad arriba. Su natural sentido se aclara, sus inclinaciones toman una direccion mas práctica. Comprende la imposibilidad de compaginar sus deberes de escuela con sus deberes de secta, y renuncia por completo á la predicacion; comprende la imposibilidad de meditar sobre los problemas religiosos y de darse á las visiones antiguas sin detrimento de sus estudios, y deja el ascetismo para seguir y cursar la enseñanza. Comprende que así como en los empeños de la vida valen poco el fortuito acaso y la inexperada ó increíble aventura, en los empeños de la ciencia valen menos la intuicion y la inspiracion, necesitándose, no solo el trabajo, sino en el trabajo, la serie y el método. Habia llevado Ignacio una vida muy difícil, como si dijéramos una vida muy arrastrada, por haber querido compaginar estudios, penitencias, aulas, ejercicios, libros profanos y libros piadosos, asistencia tanto á los monasterios como á los colegios, obras de caridad y reclusiones de asceta; lo mas incompatible, lo mas contradictorio, principios enemigos y enemigas fuerzas. Llegado á Paris, cuando ya tenia treinta y seis años y entraba por consecuencia en la edad madura, dió de mano á todo cuanto no fuere por necesidad el cumplimiento de la obra que á Paris lo habia llevado, el cumplimiento de su iniciacion completa en las divinas y en las humanas ciencias.

Así, ejercicios piadosos, contemplaciones místicas, predicacion continua, todo quedó relegado á un segundo término. Antes creia que bastaba el